

EDITORIAL

Número 17

Consejo de Redacción de *Nuestra Historia*

El número 17 de *Nuestra Historia* ve la luz en medio del debate social, político y académico suscitado por la promulgación de las autodenominadas «leyes de concordia» en varias comunidades autónomas con gobiernos de la coalición reaccionaria PP-Vox. Aplicando de manera *sui generis* la consigna maoísta de tomar el centro desde la periferia, el bloque derechista ha resuelto vaciar de contenido y carácter prescriptivo la Ley 20/2022 de Memoria Democrática. Y lo hace apelando a un vocablo supuestamente consensual, «concordia», un recurso en apariencia suave que posee la ventaja que frente al arma de fuego ostenta el arma blanca: acometer en silencio y a las tripas.

El filólogo y comunista alemán Víctor Kemplerer acuñó las siglas LTI —*Lingua Tertii Imperii*, la Lengua del Tercer Reich— para referirse a las expresiones que insensible y calladamente impregnaron el lenguaje cotidiano en los años 30 y, a la postre, vinieron a explicar la hegemonía alcanzada por el nazismo en aquel periodo «¿Cuál fue el medio de propaganda más poderoso del hitlerismo?» —se preguntaba— «¿Fueron los discursos aislados de Hitler y Goebbels, sus declaraciones sobre tal o cual tema, sus comentarios de odio sobre el judaísmo, sobre el bolchevismo?» La respuesta de Kemplerer es negativa: «La mayor parte de la propaganda, altisonante y mistificada, resultaba incomprensible para las masas o



las aburría, debido a su eterna repetición». El nazismo se instiló en la vida de la mayoría a través de expresiones aisladas, giros y formas sintácticas que fueron adoptadas mecánica e inconscientemente por millones de personas.

«Concordia», etimológicamente «corazón compartido» figura en el diccionario de la RAE como «conformidad, unión», y tiene como sinónimos armonía, acuerdo, consenso, avenencia, paz, reciprocidad, compañe-

risimo, cordialidad, camaradería, amistad, hermandad, fraternidad. La elección del término no es inocente. Más bien, como recordaba Kemplerer citando a Talleyrand, es la muestra perfecta de que «el lenguaje sirve para ocultar los pensamientos del diplomático o de cualquier personaje astuto y dudoso en general» ¿Qué concordia puede haber entre quienes equiparan una dictadura fascista y una democracia, todo lo frágil que se quiera —¿y cuál de las coetáneas no lo fue?— como la Segunda República? ¿Qué avenencia con quienes pretenden dejar en los estratos profundos de la tierra, a título de ocultación perpetua, los restos de unas víctimas que aún exigen dignidad, justicia y reparación? ¿Qué fraternidad practicar con quienes desprecian este y los otros valores fundacionales de la triada republicana: libertad e igualdad? No por evidentes las respuestas son inapelables. Quien tiene el poder para imponer el significado de las palabras puede transformar en bien general lo que antes pertenecía a un solo individuo o a un grupo y erigir en valor colectivo lo que no es más que la vertiente odiosa de un proyecto parcial. Es, concluye Kemplerer, el peligro que constituye ese uso del lenguaje «que piensa por mí [y] también dirige mis sentimientos, gobierna todo mi ser moral de forma tanto más natural cuanto que inconscientemente confío en él».

La «concordia» es una trampa más que abunda en el surco de lo que Gregorio Morán definió como la más exitosa campaña de propaganda del franquismo, la de los XXV Años de Paz. Tan eficaz que sus efectos cimentaron el imaginario de la mesocracia transicional, fueron funcionales para la conformación de un argumentario amnésico respecto al pasado reciente y perduraron en el discurso público hasta la crisis del sistema de representación que data de 2011. Una paz que no significaba reconciliación

sino amenaza explícita de repetición del baño de sangre fundacional de no aceptar los resultados de la victoria. Una paz paradójica, promulgada por el que nunca dejó de reivindicarse como el régimen del 18 de julio. Esa sedicente paz, como el actual manoseo de la concordia, contienen bajo su aparente inocuidad sustancias tóxicas administradas en dosis homeopáticas, de morbilidad atenuada pero letales a largo plazo. Estamos ante una faceta más de la guerra cultural. Los esfuerzos —desiguales y tardíos, también es cierto— para desarraigar los vestigios de la dictadura franquista no deben limitarse a la erradicación de sus hitos monumentales o a la resignificación de sus siniestros lugares de memoria. Hay un frente invisible, tremendamente activo, que es del lenguaje y la conversación social. Bien está retirar monumentos a los caídos o extraer el ADN fascista de Cuelgamuros, pero tenemos pendiente la impugnación de expresiones tan profundamente arraigadas que parecen formar parte consustancial del idioma. Un cuestionamiento que debe fundamentarse en la libre investigación, el análisis riguroso, el debate de ideas y, en virtud de la función social de la comunidad historiadora, el compromiso cívico con la dignificación de las víctimas de la represión. Frente a falsas concordias, memoria democrática.

Asimismo, la vocación de compromiso cívico, internacionalista y pacifista que inspira *Nuestra Historia* no puede por menos que seguir mostrando nuestro horror y nuestra preocupación por la continuación de la masacre contra la población palestina, en especial los bombardeos sobre la población civil en Gaza. Las condenas de organismos internacionales contra la violencia de Israel deben ser traducidas en hechos que permitan parar la matanza y atender las justas demandas del pueblo palestino.

El internacionalismo, el anticolonialismo, la oposición a la guerra imperialista y el impulso revolucionario de las masas han tenido en el mundo nacido del siglo XX uno de sus referentes más destacados e icónicos en Vladimir Ilích Uliánov, *Lenin*, de cuyo fallecimiento se ha cumplido un siglo el pasado mes de abril. Por ello, hemos considerado adecuado dedicar el dossier de este número de la revista a las ideas y las dimensiones internacionales del líder bolchevique, en tanto que una de las figuras más influyentes en la historia del siglo XX. Con el título *Lenin, revolucionario internacional*, José Luis Martín Ramos coordina un conjunto de artículos sobre las concepciones revolucionarias de Vladimir Ilich y sobre su proyección internacional en el ámbito hispanohablante, textos que resultarán sugestivos tanto para especialistas como para muchas personas militantes, activistas o sencillamente interesadas en la historia y la cultura comunista. Cabe destacar, asimismo, el carácter ampliamente internacional de los colaboradores (tres argentinos, dos españoles, un italiano y un mexicano), que incluyen desde especialistas de larga trayectoria a jóvenes doctores, todos ellos reconocidos por sus trabajos en el ámbito de la historia y las ideas del movimiento comunista. Guido Carpi, autor de varios libros sobre Lenin, dedica su artículo a reconstruir e identificar algunas de las claves de la acción revolucionaria del fundador de la URSS, centrándose en la interrelación entre su praxis y su reflexión teórica. El profesor Rolando Astarita plantea un análisis crítico de la teoría leninista del monopolio, a partir del análisis de la trayectoria posterior del sistema capitalista. José Luis Martín Ramos, por su parte, aborda la implicación de Lenin en la formación del movimiento comunista mundial a través de la fundación de la Tercera Internacional.

La segunda parte del dossier está centrada en el análisis de diferentes vertientes de la influencia de Lenin en España, México y Argentina. Para el caso español, Salvador López Arnal dedica sendos artículos al eco del pensamiento y la práctica del revolucionario ruso en dos destacados teóricos marxistas catalanes —además de militantes comunistas—, como fueron Manuel Sacristán y Francisco Fernández Buey. Por su parte, Jaime Ortega analiza la atención a la Revolución Rusa y al líder bolchevique de diferentes protagonistas destacados de la Revolución Mexicana (Zapata, Flores, Carrillo Puerto), así como el mito y la visión de Lenin en el Partido Comunista Mexicano. Los debates latinoamericanos sobre el bolchevique tienen continuación en el texto de Guillermo Iturbide sobre el intelectual argentino Oscar del Barco, revisando críticamente su evolución en sentido antileninista. Finalmente, Gabriel Piro analiza los usos de Lenin en el Partido Comunista Argentino, al hilo de la evolución de este partido hasta la disolución de la Tercera Internacional en 1943.

Pasando a una vertiente historiográfica, en *Nuestros Clásicos* Francisco Erice presenta y pone en valor el marxismo de Pierre Vilar, que —como señala— ha quedado injustamente olvidado en los últimos años. Con ello, introduce el texto en el que Vilar, cincuenta años después de los hechos, rememora la fundación en 1939 de *La Pensée*, la influyente revista de pensamiento cercana al PCF que buscó combinar el racionalismo moderno y la cultura democrática y nacional. Esta sección se complementa oportunamente con un artículo de Arón Cohen, discípulo de Vilar, en el que explica la aspiración de este de «comprender el pasado para conocer el presente» y plantea la necesidad de «pensar históricamente» la actualidad, como en el caso de la guerra de Ucrania.

El apartado de *Lecturas* nos presenta cinco reseñas sobre otros tantos libros recientemente publicados. Maria Ayete revisa la última obra del historiador italiano Enzo Traverso, dedicada a formular una sugerente, original y ecléctica historia intelectual de la revolución. Sigue Juan Miguel Arranz, quien analiza la reciente biografía de Juan Moreno sobre Francisco Largo Caballero, una obra de aspiración ensayística que considera una «vindicación necesaria», aunque basada sobre todo en fuentes secundarias. Por su parte, Xavier Ramos revisa el último libro de Fernando Hernández, *El torbellino rojo*, dedicado al análisis del PCE en el arco temporal de los años cincuenta a los ochenta, que el autor reconstruye abarcando una extensa pluralidad temática, destacando la atención central otorgada a la militancia. A continuación, Andrea Vincenzini nos ofrece un análisis de la novedosa obra de Valentina Pisanty sobre *Los guardianes de la memoria*, en que la autora busca una explicación a los límites de las políticas de memoria, en relación con el preocupante «retorno de las derechas xenófobas», conectando así con los problemas y la complejidad de un asunto —como hemos visto al inicio de este editorial— de absoluta actualidad. Finalmente, José Gómez Alén repasa el cuidado volumen de textos de Juan José Carreras *El historiador y sus públicos*, editado por Ignacio Peiró y Miquel Marín, quienes ofrecen asimismo una excelente y cuidada presentación que se ocupa tanto sobre la trayectoria de Carreras como en tanto que guía de lectura de los textos.

Tal y como hemos indicado desde las primeras páginas de esta presentación y desde el primer número de la revista, la atención

a la *Memoria* siempre ha sido central en *Nuestra Historia*. En el apartado específicamente dedicado a esta cuestión contamos en esta ocasión con cuatro colaboraciones del mayor interés, relacionadas con diferentes proyectos y temáticas. En primer lugar, Jordi Guixé, director del Observatorio Europeo de Memorias, explica la pertinencia del trabajo memorialístico y nos presenta la forma plural de trabajar de esta interesante iniciativa, planteada como una red de memorias en Europa. Patricia Martínez Fernández, periodista radiofónica, se ocupa a continuación de las iniciativas memorialísticas en formatos sonoros, como el podcast en torno al exilio republicano asturiano, el episodio sobre la deportación española en Neuengamme o la historia de los siete fusilados en una fosa de Celanova. Seguidamente, Juan Ramón Garai aborda la memoria de las niñas y los niños de la guerra evacuados a la URSS, retornados a la España al final de los años cincuenta y, en algunos casos, expulsados poco después por las autoridades franquistas. Posteriormente, el historiador Ramón García Piñeiro nos presenta la trayectoria y el extraordinario compromiso de la militante comunista asturiana Mercedes Coto Díaz.

No queríamos pasar este número sin dejar de rendir recuerdo a dos compañeros bien conocidos de la revista y, en general, de los estudios sobre el comunismo: José Carlos Rueda Laffond y Carlos Fernández Rodríguez, este último componente del consejo de redacción de *Nuestra Historia* e incansable animador del apartado de Memoria. Lamentablemente, ambos nos han dejado muy prematuramente y a ellos van dedicados sentidamente los *in memoriam* que cierran este número.